

Nicasio Tangol Ulloa

Ensueño histórico (1)



A punta de Quethrelquén penetra en el Canal de Chacao como un cetáceo decidido a sumergirse. En la playa, un grupo de hombres arrastra su cansancio, caminando lentamente sobre la arena endurecida. La llovizna humedece el matorral y adhiere en gotas diminutas a las barbas de los forasteros. Cansados de la pachacha y retozona vegetación, escudriñan con inquietud el horizonte.

Cansancio de seres lejanos y aventureros, de seres llegados de otro mundo. Cansancio forjado por los golpes persistentes del dilatado océano sobre la borda sufrida de veleros quejumbrosos y románticos.

Hombres de espaldas anchas y hombros filudos trepan anhelosos por los redondeados cerros de la costa. Sus manos nerviosas entreabren el matorral espeso y salobre. Los ojos cansados se avivan, se agrandan las pupilas... el sol ha dejado caer sus rayos sobre la llovizna y, encima de ellos, el arco iris se enerva como un gusano multicolor.

Alonso de Camargo anota con temblorosa mano: Febrero de 1540.

Apenas el arco iris desaparece, se aleja el velero zigzague-

(1) Introducción a la novela folklórica isleña *Huipampa*, de ambiente de Chiloé, próxima a publicarse.

ando su quejumbre y haciendo cabriolas. Se pierde justamente cuando el sol ha dejado el cielo para sumergirse en el mar.

La costa isleña se quedó refunfuñando... le habría gustado decir a esos hombres de robusta barba, de largas piernas y velludas manos. Sin embargo, su curiosidad fué frustrada y ellos se fueron despectivamente, indiferentemente. El sopor de ausencia la relamió, pasando su lengua sedosa por los contornos filudos y soñolientos de sus playas...

Años después, la costa isleña arrulló gozosa; con su canto se durmieron los peces junto a las rocas, mientras la espesa bruma, olvidando su castidad, separaba las piernas y se levantaba las polleras... dos veleros avanzaban silenciosos hacia la costa.

«Mil quinientos cincuenta y tres», grabó Francisco Ulloa en las playas arenosas.

El tiempo y el destino, firme y seguro, permitieron grabar nuevamente a Cortés Hojea y Juan Hernández Ladrillero: «Mil quinientos cincuenta y siete».

* * *

Mañana de lluvia del mes de febrero: a través de la humedad, los rayos de sol formaban infinitas trompetas largas y cálidas, tibia lluvia de alfileres plateados incrustándose en la almohadilla verdosa de la tierra... el sol resguardaba su existencia prolongándose hacia dentro de sí mismo... Torbellino de pájaros lugareños, buscando proscenio y auditores, tropezábase en sus propios cantos y asustado huía, dejando mazorcas de sonos multicolores; mazorcas que luego se desgranaban en lluvia de alambres milimétricos coloreados de diversos tonos...

A través de matorrales de la virgen Araucanía, a través de de la humedad olor a tierra y a hembra; la estrofa de Ercilla avanzaba con su ejército de sonos y melodías. Usaba penacho de indio, flechas, maza y boleadoras.

Alonso de Ercilla y Zúñiga ensangrentaba su espada en la garganta de los indómitos hijos de Caupolicán, Galvarino y Lautaro. Desbocada, sedienta, anhelosa corría su lira, enredándose en las zarzas. Luchaba luego junto a él y juntos se extraviaban en la naturaleza de confundidos matorrales. Desesperado arrisca su nariz de vizcaíno y busca afanoso las huellas del sendero:

Siete días perdidos anduvimos
abriendo a hierro el impedido paso,
que en todo aquel discurso no tuvimos
do poder reclinar el cuerpo laso:
al fin una mañana descubrimos
de Ancud el espacioso y fértil raso,
y al pie del monte y áspera ladera,
un extendido lago y gran ribera.

«La Araucana». Canto XXXV.

Luego su pecho y su lira engrandecen: se agigantan resplandecientes, bruñidos por la esperanza; esperanza de alma y cuerpo fundidos en un haz de pueblo y raza, roca, mar y arena de desierto, de mantillas y arabescos, de rocinantes y camellos, de beduinos y quijotes, de jotas y cante jondo.

A sus pies, el Canal de Chacao lengüetea insistente, cortando el enmarañado matorral con su espada de plata movedi-za o acariciándolo con su enorme nalga de esfinge vidriosa. Ante sus ojos se balancea el paisaje, olvidando sus siglos de silencio y adoración:

Era un ancho archipiélago, poblado
de innumerables islas deleitosas,
cruzando por el uno y otro lado
góndolas y piraguas presurosas:

marinero jamás desesperado
 en medio de las olas fluctuosas,
 con tanto gozo vió el vecino puerto
 como nosotros, el camino abierto.

«La Araucana». Canto XXXV.

En la orilla opuesta, una gran fogata chisporrotea al cielo;
 desprecia entonces el alma la materia y, olvidando su convivir,
 se escapa como una concubina del cansado cuerpo:

El enfermo, el herido, el estropeado,
 el cojo, el manco, el débil, el tullido,
 el desnudo, el descalzo, el desgarrado,
 el desmayado, el flaco, el deshambrido
 quedó sano, gallardo y alentado,
 de nuevo esfuerzo y de valor vestido,
 pareciéndole poco todo el suelo,
 y fácil cosa conquistar el cielo.

«La Araucana». Canto XXXV.

Los ojos cansados escudriñan el horizonte con ansiedad. La
 vista descubre nuevas tierras y en el corazón nacen nuevas es-
 peranzas.

Cerca de la costa se ha detenido un grupo de piraguas, la
 más grande se aproxima a la playa con lentitud:

Donde un gracioso mozo bien dispuesto
 con hasta quince en número venía,
 crespo de pelo negro y blanco gesto,
 que el principal de todos parecía:
 el cual con grave término modesto
 junto a nuestra esparcida compañía,
 nos saludó cortés y alegremente,
 diciendo en lengua extraña lo siguiente:

Hombres o dioses rústicos, nacidos
en esos sacros bosques y montañas,
por celeste influencia producidos
de sus cerradas y ásperas entrañas,
¿por cuál caso o fortuna sois venidos
por caminos y sendas tan extrañas,
a nuestros pobres y últimos rincones,
libres de confusión y alteraciones?

Si vuestra pretensión y pensamiento
es de buscar región más espaciosa,
y en la persecución de vuestro intento,
tenéis necesidad de alguna cosa,
toda comodidad y aviamiento
con mano larga y voluntad graciosa,
hallaréis francamente en el camino,
por todo el rededor circunvecino.

«La Araucana». Canto XXXVI.

El ceño de los blancos se frunció, afloró a sus rostros la malicia y la desconfianza. Se agigantó en ellos la Araucanía agresiva, gallarda y belicosa. Comprendiendo el mozo el estupor, reforzó su ofrecimiento:

Y si queréis morar en esta tierra,
tierra donde moréis aquí os daremos;
si os place y agrada más la sierra,
allá seguramente os llevaremos;
si queréis amistad, si queréis guerra,
todo con ley igual os lo ofrecemos:
escoged lo mejor, que a elección mía,
la paz y la amistad escogería.

«La Araucana». Canto XXXVI.

La sonrisa maliciosa y desconfiada buscó apresuradamente un escondrijo y el alma de España surgió desnuda y transparente. La espada resplandeciente y filuda, sedienta de sangre fresca, ocultó la vergüenza en su vaina mohosa. Y los guerreros soñadores, despojados de sus corazas y arcabuces, aceptaron la cariñosa y franca amistad; y así el conquistador fué conquistado.

Alonso de Ercilla y Zúñiga extrajo de su lira nuevas notas; buscaron éstas el filo de su navaja y de ahí, como agua fuerte, carcomieron la corteza de un robusto roble. Así se tonificó su canto con savia de la región isleña:

«Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeña barco desastrado,
con sólo diez pasó el desaguadero,
el año de cincuenta y ocho entrado
sobre mil y quinientos por Febrero,
a las dos de la tarde, el postrer día,
volviendo a la dejada compañía».

«La Araucana». Canto XXXVI.

* * *

Volvió Ercilla, encucullándose por los matorrales del Arauco indómito. Empañóle los ojos la llovizna, desgarráronle carne y vestido las zarzas, trizóse su espada en la batalla fiera y él jamás tuvo un desmayo. Sin embargo, su altivez, su valentía y entereza quebráronse de golpe.

¡Supina torpeza de don García Hurtado de Mendoza!... fué en Imperial: Ahí, donde públicamente el indómito araucano admiró el brío y potencia del bizarro conquistador; donde

el Quijote, soñador y esforzado castellano, desnudo el muslo y henchido el corazón, contempló extasiado la destreza y valentía del indio, «gallardo y displicente»: la reluciente navaja estuvo a punto de cortar la garganta del más grande cantor de la soberbia Araucanía.

Así quiso, Diego Hurtado de Mendoza, atolondrado y mentecato, ahogar con el filo acerado y maldito la historia rimada y cadenciosa:

Turbó la fiesta un caso no pensado,
y la severidad del juez fué tanta,
que estuve en el tapete, ya entregada
al agudo cuchillo la garganta:
el enorme delito exagerado
la voz y fama pública lo canta,
que fué sólo poner mano a la espada,
nunca sin gran razón desenvainada.

«La Araucana». Canto XXXVI.

Fué éste el yerro que nunca perdonó Ercilla, por el cual maldijo con justeza a Hurtado «Por mozo capitán acelerado»:

Ni digo como al fin, por accidente
del mozo capitán acelerado,
fuí sacado a la plaza injustamente
a ser públicamente degollado:
ni la larga prisión impertinente
do estuve sin culpa molestado,
ni mil otras miserias de otra suerte,
de comportar más graves que la muerte.

«La Araucana». Canto XXXVII.

* * *

Los desgarrados trancos sin asunto, sin fin, sin esperanza transisan nuevamente por la isla. Tras Martín Ruiz de Gamboa caminan audaces y prudentes, cabizbajos y altanceros ciento diez Quijotes. De cuando en cuando sus manos nerviosas buscan los bolsos... los envuelve el aroma de una pasión enmohecida... Dulcinea, rechoncha y vivaracha, se contornea en el horizonte, pende de sus cabellos una rosa fresca y encarnada... Suenan las castañuelas... excitador, lento comienza el movimiento de muslos... se agrandan las pupilas en los ojos alucinados... Espinas impertinentes espantan la ensoñación y cubren de sangre los rostros.

Trepando por las ancas de los cerros isleños se deslizan cautelosas, ariscas y asustadas las hembras indígenas. Huyen recelosas... son ellas pequeñas, van descubiertas por delante y despreocupadas del vaivén de sus pechos y del lustre de sus muslos; llevan muy tapados la espalda y el trasero. Grupos de indios semidesnudos, pequeños y cuidadosamente afeitados las protegen.

La caravana busca la playa y bordea la costa quebrada y dentada como una sierra. Las infinitas rías y la gratitud hacia el Gobernador hacen gritar a los conquistadores:

¡Nueva Galicia!

El grito rebasó el matorral, sin embargo los isleños continuaron y continúan llamándolo:

«Chilhué»,

* * *

La caravana no se detiene, avanza segura de sus pasos... indiferente a su destino.

Quilqueco los saluda con caprichosas bandadas de zorzales; Pumillahue, con globulosas y radiantes nubes de oro... Más allá, encaramándose sobre las rocas, las «patrancas» muestran sus blancas pecheras y dan la bienvenida, moviendo sus alas

aceradas; y muy cerca de ellas, las gaviotas chillonas, formando algarabía de cantos y de amanecer, iban y venían, subían y bajaban. Dibujando puntas de lanzas, huían asustados los cuervos; de cuando en cuando caía algún graznido en la sombra de sus propios cuerpos, reflejados en la arena húmeda de la playa... y ahí se quedaba, como un insulto muerto.

Junto a los oídos de los conquistadores silba el viento; la voz redonda y mofletuda busca la cumbre, el eco apiña las almas y las observa placenteramente... y el tiempo se sucede.

Mañanas de sol, mañanas de lluvia, tardes de borrasca y de torbellinos, noches de alquitrán, noches de estrellas, luna y esperanzas.

Emergen pueblos nuevos en la isla y nacen nuevos seres, hijos de pequeñas y fornidas indias y de intrépidos y esforzados soñadores...

Y pasa un siglo; gallegos, castellanos, andaluces, portugueses...

Y otro siglo se sucede: vascongados, catalanes, asturianos. El nuevo mundo ofrece a todos por igual un espacio para el sonámbulo de su esperanza. Y el alma agradecida se ilumina, se desnuda... luego se arrodilla, junta las manos y la plegaria sale, como una bendición, de sus labios:

Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prisión libertad,
en lo cerrado salida
y en el traidor lealtad.
Pero mi suerte, de quien
jamás espero algún bien,
con el cielo ha estatuído
que pues lo imposible pido,
lo posible aun no me den.

El ingenioso hidalgo Don Quijote
de la Mancha. Capítulo

* * *

Cuando el sol pasa, evaporando la humedad, un vaho espeso y pegajoso cubre enteramente la isla. Este vaho esparce misterio y modorra; junto a él caminan el mito, la leyenda y la superstición... si el sol logra deshacerlo, cae polen de amapolas sobre la tierra.

Opio de misterio, opio de terror, de angustia y de espanto recorre los matorrales y las charcas de la isla; cae con la borrasca, con la lluvia, con la nieve; se revuelca junto al trueno y al relámpago, se esconde en los aleros y en los nidos de los murciélagos; habita las casas abandonadas, las cuevas y las raíces de los árboles, y hace fatídico el grito de las aves, y enseña a danzar a los esqueletos.

La lluvia, que a veces logra barrer la sombra gelatinosa del mito y la leyenda, se hace también misteriosa... Misterio de agua y sol, nutria transparente y gigantesca que corroe las entrañas vírgenes y hojosas de la isla; tierra blanda, cubierta de hojas frescas y transida de lágrimas y quejumbre de matorral.

En este ambiente viven los isleños... Sobre la yema de sus dedos danza el misterio, y el grito de espanto es ave asustada entre sus labios. Leyenda y misterio es para ellos vientre voluminoso, dentro del cual se mueven como buzos desorientados; de cuando en cuando estiran sus largos brazos de bogadores, sus dedos arañan el infinito y luego rastrojean el universo restringido y miserable que contornea la lluvia y agujerea la borrasca.